

Pinochet sin odio

Isabel Allende

Hace muchos años me preguntaron si planeaba algún día escribir una novela sobre Pinochet. Respondí que no porque como personaje Pinochet era insignificante. Debo retractarme: se puede decir cualquier cosa sobre él salvo que es insignificante. El general Pinochet retuvo en sus garras a Chile durante veinticinco años y todavía es la figura más influyente del país. Diez años después de abandonar la presidencia, el viejo dictador aún mantiene al gobierno democrático como rehén.

Por ahora, sin embargo, el general Pinochet también está retenido. Se halla bajo arresto domiciliario en una mansión de Londres, a la espera de una decisión final respecto de un pedido de extradición por parte de un magistrado español, Baltasar Garzón, que lo ha acusado de crímenes de lesa humanidad -genocidio, tortura y terrorismo- cometidos contra ciudadanos españoles en Chile.

El pedido de extradición encendió un debate en Gran Bretaña y Chile, y en todo el mundo occidental, respecto de la sensatez y la legitimidad de llevar a juicio a ex gobernantes por violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, en lo que concierne a Augusto Pinochet, las cuestiones intelectuales son discutibles. Al perseguir al general, armar un sólido caso legal y formular el pedido de extradición, Garzón ya logró el saludable resultado de la ruina moral de Pinochet. De ahora en más, un hombre que tuvo la osadía de plantarse como el salvador de su nación ocupará un lugar al lado de Calígula y de Idi Amin. Aunque Pinochet nunca llegue a estar frente a un tribunal, se ha hecho justicia.

Antes de 1973 nadie hubiera podido imaginar una dictadura en Chile, una nación tan orgullosa de sus instituciones democráticas que los chilenos nos autodenominábamos "los ingleses" de nuestro continente. Entonces, ¿cómo llegó este soldado, que nunca se caracterizó por su inteligencia, su cultura o su valor, a tener el poder absoluto? Así como en un momento crítico Adolf Hitler encarnó las frustraciones y aspiraciones de millones de alemanes, Pinochet llevó a Chile por un camino que muchos querían. Ni Hitler ni Pinochet podrían haber existido sin el consentimiento tácito o expreso de millones de ciudadanos.

Un camino al socialismo

Durante mucho tiempo, Augusto Pinochet fue un símbolo de la brutalidad por la simple razón de que fue y siempre será relacionado con Salvador Allende, un ícono de la justicia social en los primeros años de la década del 70. Allende fue el primer político marxista del mundo que alcanzó la presidencia de un país en elecciones libres. En medio de la Guerra Fría, propuso "el camino chileno hacia el socialismo", respetando la Constitución y todos los derechos de los ciudadanos. Su sueño fue construir la especie de gobierno socialdemócrata que tienen hoy todos los países de Europa, salvo España e Irlanda.

Salvador Allende era primo de mi padre; en una familia latinoamericana, eso lo convertía en mi tío.

Llegué a conocerlo mucho y lo quise con una mezcla de admiración y ansiedad.

Aunque era un hombre amable y con un buen sentido del humor, siempre sentí que

era imposible vivir de acuerdo con sus criterios y expectativas. Por su condición de médico, conocía a fondo las necesidades de los pobres.

Fue uno de los fundadores del Partido Socialista, y muy joven fue designado ministro de Salud.

En 1970, después de tres intentos fallidos, Allende finalmente llegó a la presidencia en una elección muy reñida. Fue un presidente en minoría, ya que había obtenido sólo el 36 por ciento de los votos. E incluso entonces, su coalición, la Unidad Popular, estaba compuesta por varios partidos que rara vez estaban totalmente de acuerdo en algo. Esa fue una debilidad política que iba a acechar a su presidencia.

Pero ése no era el problema mayor. Inmediatamente después de oficializados los resultados de las elecciones, la CIA y la derecha chilena iniciaron una campaña de terror para impedir que asumiera el cargo. Planearon el secuestro de René Schneider, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, con el propósito de provocar un golpe militar. Pero el plan fracasó, Schneider fue asesinado, y Allende asumió la presidencia.

El gobierno nacionalizó los bancos, muchas industrias y las minas de cobre, que representaban la principal fuente de ingresos del país y estaban en manos de capitalistas norteamericanos. En ese momento la oposición, respaldada por la CIA, emprendió una serie de acciones con la intención de desestabilizar la economía. Y para peor, el gobierno estaba paralizado por las luchas de poder dentro de la Unidad Popular.

La consecuente crisis económica alcanzó proporciones asombrosas. El índice de inflación trepó al 350 por ciento en medio de la escasez de toda clase de productos, desde alimentos hasta repuestos para máquinas sumamente necesarias.

Los obreros y los campesinos respondieron ocupando fábricas y establecimientos rurales. Surgieron grupos armados tanto de la derecha como de la izquierda.

Muerte en La Moneda

Sorprendentemente, a pesar de este panorama sombrío, la Unidad Popular obtuvo más votos en las elecciones parlamentarias de 1973. Frente a eso, la oposición resolvió que la desestabilización económica, política y social no era suficiente para terminar con Allende. Eran necesarias medidas más drásticas.

Con el país en plena agitación, Salvador Allende decidió recurrir a un plebiscito. Tenía pensado anunciarlo el 10 de septiembre, según le notificó a Pinochet (por entonces comandante de las fuerzas armadas), pero el general le pidió que lo aplazara hasta el 12. El presidente no llegó a ver ese día. El 11 de septiembre se produjo el golpe militar que dejaría una marca profunda en el alma de Chile. Salvador Allende se quitó la vida en el palacio presidencial que ardía en llamas.

Aquella mañana salí de mi casa temprano. Las calles estaban prácticamente vacías, lo que me hizo pensar que los choferes ómnibus estaban otra vez en huelga. Luego vi vehículos militares, tanques, y grupos de soldados fuertemente armados. Como mi auto no tenía radio, fui a la casa de una amiga que vivía cerca para escuchar las noticias. Mi amiga estaba muy afligida. Su esposo, que era profesor, había ido a la escuela donde enseñaba y ella no había vuelto a saber de él. Para entonces todas las estaciones de radio, salvo

una, habían sido silenciadas por los militares.

Fuimos con mi amiga al centro a buscar a su esposo y así fue como terminé presenciando el bombardeo del palacio de La Moneda. Escuché las últimas palabras de mi tío en una radio portátil que había llevado mi amiga. Lloramos tomadas de la mano mientras Salvador Allende serenamente se dirigía al país y pronunciaba un discurso histórico que más tarde fue transmitido y publicado en todo el mundo.

Tras declarar que jamás renunciaría a su cargo, Allende se negó a abandonar el país en un avión que le ofrecieron los generales. Fue una decisión acertada, y no sólo porque su heroica muerte confirmó su lugar en la historia. Si hubiese aceptado el ofrecimiento militar de irse al exilio, sabemos ahora, Pinochet lo habría hecho matar durante el vuelo. "Matando a la perra se acaba con las crías", dijo Pinochet.

Hasta poco antes del golpe de Estado, Pinochet era un oscuro general del Ejército. Había sido ascendido al rango de comandante en jefe de las fuerzas armadas por el propio Allende hacía tan sólo tres semanas, tras la renuncia del general Carlos Prats por presiones de la oposición. Prats recomendó a Allende que designara a Pinochet, afirmando que era un soldado leal y que se podría confiar en él para hacer respetar la Constitución. (Después Prats, que terminó exiliándose en la Argentina, fue asesinado allí por orden de Pinochet.)

El miedo como forma de vida

Pinochet fue el último que se sumó a la insurrección, después de la Marina, la Fuerza Aérea, y la policía.

La junta militar que pronto iba a comandar abolió el Congreso, amordazó la prensa, suspendió las garantías constitucionales y comenzó la eliminación sistemática de la izquierda. La derecha brindaba con champagne mientras los izquierdistas huían para salvarse y el resto de la población estaba sumido en la perplejidad.

Pinochet persiguió a líderes obreros y estudiantiles, a políticos, intelectuales, artistas y periodistas, así como a todos aquellos que habían formado parte del gobierno de la Unidad Popular. La represión más cruel se registró contra las clases bajas, durante mucho tiempo consideradas por los militares como el principal terreno de cultivo del marxismo. El pueblo era castigado por haberse atrevido a desafiar a aquellos que siempre habían tenido el poder político y económico. Miles de chilenos fueron detenidos; otros encontraron asilo en embajadas o escaparon a través de las fronteras, mientras que muchos simplemente desaparecieron. En todo el país fueron instalados centros de tortura y campos de concentración. Cientos de presos fueron arrojados al mar desde aviones -tras ser despanzurrados para asegurar que se hundirían- o hechos volar en pedazos o aplastados por topadoras. El miedo se convirtió en una forma de vida. En gran parte del mundo se alzaron voces de protesta, porque el experimento socialista de Salvador Allende había generado mucha simpatía, pero Washington apoyaba la dictadura de Pinochet.

El general reformó la Constitución para proclamarse presidente. Su deseo de legitimidad es una de las tantas paradojas de su carácter. En las primeras fotografías que aparecieron de él usaba anteojos oscuros y se lo veía con los brazos cruzados y estirando el mentón en una caricatura del típico dictador latinoamericano. Más tarde cambió la imagen, vistió trajes impecables y se

deshizo de los siniestros anteojos oscuros.